

China y la crisis nuclear de Corea del Norte: ¿nuevos horizontes?

Pablo Bustelo

Investigador principal (Asia-Pacífico) del Real Instituto Elcano

Síntesis

Este artículo se pregunta hasta qué punto cabe esperar un nuevo comportamiento de China en su manera de hacer frente a la crisis nuclear de Corea del Norte. En la primera parte se aborda el significado de los graves acontecimientos de 2009, destacando, en particular, la prueba de un misil de largo alcance en abril y el nuevo ensayo nuclear (el segundo, tras el de octubre de 2006) que realizó Pyongyang en mayo. En la segunda parte, se presentan los contornos de la capacidad de influencia de China en el comportamiento de su vecino oriental, para concluir que ésta es bastante menor de lo que se suele suponer y que, además, Beijing se muestra reacio a hacer uso de la que tiene, por imperativos estratégicos comprensibles. En la tercera parte se enumeran los objetivos de la estrategia china hacia Corea del Norte que han permanecido básicamente inalterados en los últimos años, incluso tras la segunda prueba nuclear efectuada por Pyongyang, y que seguramente sigan siendo estables, de no mediar acontecimientos graves e imprevistos. La conclusión principal del artículo es que no cabe esperar de China que actúe de una forma sustancialmente distinta a la desplegada hasta ahora.

Introducción

China es un factor esencial en la necesaria solución de la crisis nuclear norcoreana, especialmente tras el agravamiento de ésta durante 2009, con las pruebas de misiles y, sobre todo, el segundo ensayo nuclear del mes de mayo de ese año.

Algunas analistas han creído percibir, tras la prueba nuclear de 2009, un cambio de actitud de China. Según esa tesis, esta última habría perdido al fin la paciencia con su discol vecino y se habría dado plenamente cuenta de que los inconvenientes del comportamiento de Corea del Norte

habrían superado a las ventajas de la existencia misma de la República Popular Democrática de Corea y la habrían convertido en un "incordio estratégico" (*strategic liability*), en lugar de un activo estratégico.

La necesidad de buscar nuevas vías a las exploradas por la comunidad internacional desde 2002, dado su fracaso en evitar la nuclearización de Pyongyang, se juntaría con ese pretendidamente nuevo enfoque de China para situar la cuestión en una dimensión totalmente novedosa.

Sin embargo, la tesis de este artículo es que el cambio de objetivos por parte de China es más aparente que real, pero no porque China no haya perdido la paciencia con Corea del Norte

(cosa que seguramente ha ocurrido) sino porque su capacidad de influencia en el comportamiento del régimen de Pyongyang no es muy grande (y es, en todo caso, menor de lo que se suele creer) y porque Beijing se resiste a usar la que tiene, por motivos comprensibles, que tienen que ver con exigencias estratégicas de gran calado.

El resto de este artículo trata sucesivamente el significado de los acontecimientos registrados durante 2009, los mitos y realidades de la influencia china en Corea del Norte y los objetivos de Beijing en la península coreana.

Los acontecimientos de 2009 y su significado

Tras dos años de calma relativa (e incluso de optimismo tras los acuerdos de 2007), la crisis nuclear norcoreana volvió a ser, desgraciadamente, protagonista en 2009, por la creciente beligerancia de Pyongyang.

En abril, Corea del Norte realizó una prueba de un misil balístico de largo alcance, aunque oficialmente se trató del lanzamiento de un satélite de comunicaciones. Esa manifestación de fuerza, que fue motivo de seria inquietud en la

comunidad internacional, se debió a la voluntad de llamar la atención de la administración Obama, más preocupada por otros asuntos, como Irak y Afganistán; al deseo de demostrar contundencia ante la nueva política del presidente conservador surcoreano Lee Myung-bak (quien había suspendido la ayuda incondicional a su vecino septentrional); y, sobre todo, a la intención de acallar los rumores sobre una posible carrera sucesoria en el régimen, dada la enfermedad de Kim Jong Il, quien aparentemente sufrió un infarto en agosto de 2008.

El Consejo de Seguridad de Naciones Unidas reaccionó a la prueba norcoreana con una declaración presidencial de condena, a la que siguieron sanciones a empresas norcoreanas implicadas en actividades militares. Pyongyang, a su vez, expulsó a los inspectores del Organismo Internacional de la Energía Atómica (OIEA), reinició la producción de plutonio en el complejo nuclear de Yongbyon y se retiró de las Conversaciones a Seis Bandas, que bajo los auspicios de Beijing, reúnan desde 2003 a China, las dos Coreas, EEUU, Japón y la Federación Rusa. Además, ante la supresión de la ayuda incondicional de Corea del Sur, Pyongyang llegó incluso a suspender el pacto de no agresión con su vecino meridional.

El 25 de mayo de 2009 Corea del Norte realizó su segunda prueba nuclear (la primera fue en octubre de 2006). El motivo oficial fue que se trataba de fortalecer la capacidad de disuasión del país, con miras a la autodefensa ante un eventual ataque o invasión de EEUU y sus aliados. Pero ese argumento no resultaba creíble. Corea del Norte, como es bien sabido, dispone de fuerzas convencionales más que suficientes para disuadir un ataque o una invasión: más de un millón de soldados (las cuartas mayores fuerzas armadas del mundo), misiles capaces de alcanzar cualquier punto de Corea del Sur o Japón (incluidas las bases de EEUU) y una artillería que, situada en la frontera, podría bombardear Seúl. Así, los motivos reales fueron muy distintos: protesta tras las sanciones que se impusieron tras la prueba del misil en abril; nueva llamada de atención; intento de reforzar aún más el chantaje nuclear; deseo de consolidar la posición de Kim Jong Il y de su familia en el régimen, etc.

La prueba nuclear fue un acontecimiento ciertamente grave. Supuso una violación directa de la Resolución 1718 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, aprobada en 2006 tras el primer ensayo nuclear. Además, consolidó la nuclearización de un régimen impredecible y peligroso. No tanto porque supusiera una amenaza militar inmediata y directa, pues los norcoreanos estaban lejos aún de poder miniaturizar una cabeza nuclear para colocarla en un misil, sino porque incrementaba los riesgos de accidentes en instalaciones vetustas y, sobre todo, porque aumentaba las posibilidades de proliferación tanto pasiva (la eventual

opción nuclear de Corea del Sur, Japón e incluso Taiwan) como activa (la preocupante eventualidad de la transferencia de conocimientos o materiales nucleares a otros Estados y a grupos terroristas).

La reacción de la comunidad internacional consistió en la Resolución 1874 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, que instaba a denegar servicios financieros a las entidades norcoreanas vinculadas con sus programas de armas de destrucción masiva, prohibía la exportación de armas al país y promovía la inspección de barcos y aviones ante la sospecha de que transportaran armas. Pyongyang reaccionó a la Resolución con nuevas pruebas de misiles, especialmente en julio.

La nueva prueba nuclear puso claramente de manifiesto que la nueva administración estadounidense no había sido capaz de solucionar el problema norcoreano, tal y como se esperaba. Todo lo contrario; se había limitado a gestionar el asunto, en lugar de intentar arreglarlo, en la esperanza de que Corea del Norte acabaría por negociar un desmantelamiento completo, comprobable y definitivo de sus programas nucleares. Además, la administración Obama había sin duda infravalorado la trascendencia de la cuestión norcoreana, como demostraba, sin ir más lejos, que hubiese nombrado un Embajador Especial, Stephen W. Bosworth, a tiempo parcial, al mantenerse como decano de la Fletcher School, de la Universidad Tufts.

La reacción unánime de la comunidad internacional llevó a algunos analistas a afirmar que, tras el ensayo nuclear de 2009, China había perdido definitivamente la paciencia con su discolgo vecino y que empezaba a parecer dispuesta a incrementar seriamente la presión sobre Pyongyang e incluso a propiciar un cambio de gobierno, mediante quizá un golpe militar contra Kim Jong Il, o a aceptar, aunque fuese a regañadientes, un colapso y un cambio del régimen de la hoy República Popular Democrática de Corea.

Sin embargo, pese a la contundencia de la reacción inicial, los acontecimientos de la segunda parte de 2009 demostraron que EEUU y China seguían favoreciendo la solución tradicional, pacífica y negociada, a la cuestión nuclear. En agosto, el ex presidente estadounidense Bill Clinton viajó a Pyongyang, aunque para conseguir la liberación de dos periodistas estadounidenses que habían cruzado a Corea del Norte desde China y que fueron detenidas. En octubre, en un viaje muy significativo, el primer ministro chino Wen Jiabao visitó Pyongyang, cosa que también hizo el ministro de Defensa Liang Guanglie en noviembre. Es más, en diciembre fue el turno del embajador Bosworth, quien ofreció a las autoridades norcoreanas la opción de seguir negociando, bien de manera directa o a través del mecanismo de las Conversaciones a Seis Bandas.

La segunda prueba nuclear abrió un intenso debate entre los analistas internacionales (y también entre los expertos chinos). Haciendo un escueto resumen, aparecieron dos escuelas de pensamiento. Para un primer grupo de especialistas, la segunda prueba nuclear habría demostrado que Pyongyang habría vinculado definitivamente la supervivencia del régimen con la posesión de armamento nuclear; el régimen no estaría ya dispuesto a renunciar a ese armamento. Las sanciones serían, por tanto, en el mejor de los casos ineficaces y en el peor, claramente contraproducentes. Los más radicales de esa primera escuela recomendaban incluso empezar a estudiar escenarios que contemplasen el colapso o derrumbe del régimen. Los más moderados apostaban a que había que aceptar finalmente, aunque fuese sólo *de facto*, una Corea del Norte nuclear.

Por el contrario, una segunda escuela de politólogos insistió en que Corea del Norte sigue siendo perfectamente consciente de que el régimen no está en peligro por las amenazas externas a su seguridad (puesto que posee, conviene insistir en ello, capacidad de disuasión suficiente con sus fuerzas convencionales) sino, en cambio, por las malas condiciones económicas internas. Por tanto, la carta nuclear seguiría siendo una forma de obtener concesiones, especialmente en forma de ayuda alimentaria, energética y económica, de la comunidad internacional. La conclusión de esa segunda escuela era que seguía siendo posible negociar la desnuclearización.

En todo caso, las pruebas nuclear y de misiles de 2009 pusieron claramente en duda la eficacia del mecanismo de Conversaciones a Seis Bandas. Una reacción fue la de intentar poner en marcha una segunda vía, el de las conversaciones directas bilaterales, entre EEUU y Corea del Norte. Esa, al parecer, fue la intención del viaje del embajador Bosworth a Pyongyang en diciembre de 2009. Además, como el comportamiento norcoreano suponía una clara afrenta a Beijing, quien había apostado desde el principio que las Conversaciones a Seis Bandas acabarían por tener resultados, algunos observadores se inclinaron por la tesis de que China había decidido que Corea del Norte había pasado de ser un activo estratégico para Beijing a constituir un importante quebradero de cabeza. Y, por tanto, que China estaría dispuesta a incrementar fuertemente la presión sobre Pyongyang, usando todas las vías a su alcance, para hacer cambiar de rumbo al régimen de Kim Jong Il e incluso para favorecer un nuevo gobierno, más proclive a Beijing y más moderado en sus comportamientos. Los analistas más atrevidos llegaron incluso a señalar que China estaba empezando a contemplar la posibilidad de un cambio de régimen.

“ Algunos analistas han destacado que China estaría ya dispuesta a tomar cartas directas en el [conflicto], para resolverlo de una vez por todas. Sin embargo (...) esa tesis pasa por alto que la capacidad de influencia china en Corea del Norte no es tan importante como suele creerse ”

Por consiguiente, China pasaba a un destacado primer plano en la solución de la crisis norcoreana. Conviene recordar que la nuclearización de Corea del Norte plantea serios problemas estratégicos a Beijing. Es un claro factor de desestabilización en la periferia de China, cuyo gobierno otorga prioridad absoluta a la estabilidad de su entorno con el fin de mantener su alto ritmo de desarrollo económico. Podría provocar la nuclearización de Corea del Sur, Japón e incluso Taiwan, un escenario que China observa con gran preocupación. Incluso sin llegar a esos extremos, la nuclearización norcoreana ha fomentado el desarrollo de la defensa antimisiles de Japón y Corea del Sur, así como una mayor integración militar de éstos con EEUU, lo que debilita la disuasión china.

En el peor de los casos, podría provocar un conflicto militar abierto en la península, lo que tendría, entre otras, serias repercusiones económicas.

Así, algunos analistas han destacado que China estaría ya

dispuesta a tomar cartas directas en el asunto, para resolverlo de una vez por todas. Sin embargo, como se verá en el epígrafe siguiente, esa tesis pasa por alto que la capacidad de influencia china en Corea del Norte no es tan importante como suele creerse y, sobre todo, que Beijing es reacio a hacer uso de la influencia que tiene, por diversos motivos.

La capacidad de influencia de China: mito y realidad

No cabe duda que China es un factor esencial en la crisis nuclear con Corea del Norte, por razones históricas, geopolíticas, ideológicas y económicas. Las tres primeras son evidentes: China luchó en la guerra de Corea (1950-53); ha sido tradicionalmente un aliado de Kim Il Sung y de Kim Jong Il; y mantiene un régimen político similar, de partido único, aunque las libertades individuales son bastante mayores en China, en buena medida por la prosperidad económica y por el menor intrusismo gubernamental.

La influencia económica también es importante, aunque no tanto como a menudo se afirma. Es cierto que China suministra el 90% de las importaciones de energía, en forma de petróleo, de Corea del Norte, pero el petróleo supone menos de una décima parte del consumo total de energía del país, que descansa principalmente en el carbón y, en menor medida, la hidroelectricidad. En los últimos años, China ha sido el origen de la mitad de la ayuda exterior recibida (de unos 2.000 millones de dólares al año). En la actualidad, China supone alrededor del 40% del comercio exterior de

Corea del Norte, como puede verse en el Tabla 1. En la evolución de ese comercio desde 2002, son de destacar la desaparición total de Japón como socio comercial (en 2002 superaba el 10%) y la caída reciente del peso relativo de Corea del Sur en los intercambios exteriores de Corea del Norte, debida, en buena medida, a la nueva política del presidente surcoreano Lee Myung-bak, en beneficio de la parte de China.

Esas cifras son importantes, pero no tanto como para que una -muy hipotética- suspensión china de sus relaciones económicas con Corea del Norte desembocara en la quiebra inmediata del país. Es más, los auténticos problemas económicos de Corea del Norte no son los relacionados con la importación de energía, el comercio exterior o la ayuda extranjera, sino los asociados a la falta de medidas de reforma y apertura. Es más, en noviembre de 2009, las tímidas medidas reformistas de años anteriores fueron sacrificadas, mediante una revaluación de la moneda, el cierre de numerosos mercados libres y la prohibición de usar divisas y de vender numerosos productos procedentes de China. Como los efectos de tales medidas fueron devasta-

dores, a principios de 2010 el gobierno empezó a dar marcha atrás.

En cualquier caso, un ejemplo de la limitada capacidad de maniobra de China para presionar a Pyongyang es que la suspensión por unos días de los envíos de petróleo (en marzo de 2003 y de nuevo en septiembre de 2006, oficialmente por razones técnicas) no provocó, que se sepa, un cambio de comportamiento de Pyongyang. Es más, la primera prueba nuclear se produjo inmediatamente después del segundo corte de suministro.

Pero, es más, incluso si China tuviera una influencia determinante, es muy dudoso que quiera hacer un uso pleno de ella. De hecho, Beijing es muy reacio a presionar demasiado a Corea del Norte.

Hay varias razones que explican esa renuencia. La primera es que el comportamiento de Kim Jong Il es impredecible. Ante un incremento de la presión china, el dirigente norcoreano podría optar por promover una escalada de la tensión, con más pruebas nucleares o de misiles, enfrentamien-

TABLA 1.
Comercio exterior de Corea del Norte (millones de dólares y porcentaje del total)

	2002		2007		2008	
Exportaciones a:						
China	271	21,0%	584	23,0%	754	26,9%
Corea del Sur	272	21,1%	765	30,2%	930	33,2%
Japón	235	18,2%	0	0%	0	0%
Federación Rusa	10	0,8%	34	1,3%	14	0,5%
Resto del mundo	503	39,0%	1.152	45,4%	1.103	39,4%
Total	1.291	100%	2.535	100%	2.801	100%
Importaciones desde:						
China	468	23,7%	1.393	40,5%	2.033	49,3%
Corea del Sur	370	18,8%	1.032	30,0%	888	21,5%
Japón	133	6,7%	9	0,3%	8	0,2%
Federación Rusa	69	3,5%	126	3,7%	97	2,4%
Resto del mundo	933	47,3%	877	25,5%	1.101	26,7%
Total	1.973	100%	3.437	100%	4.127	100%
Total comercio exterior con:						
China	739	22,6%	1.977	33,1%	2.787	40,2%
Corea del Sur	642	19,7%	1.797	30,1%	1.818	26,2%
Japón	368	11,3%	9	0,2%	8	0,1%
Federación Rusa	79	2,4%	160	2,7%	111	1,6%
Resto del mundo	1.436	44,0%	2.029	34,0%	2.204	31,8%
Total	3.264	100%	5.972	100%	6.928	100%

Fuente: Datos tomados de Congressional Research Service, "North Korea: Economic Leverage and Policy Analysis", CRS, RL32493, 14 de agosto de 2009, Cuadro 2 y cálculos propios.

tos armados con el Sur, etc. o bien sencillamente podría enrocarse, lo que haría perder toda influencia a China, que se vería además inmersa en una relación hostil con un país vecino. Una segunda razón es que la situación política interna de Corea del Norte es aparentemente muy compleja, con una transición en curso hacia la era post-Kim Jong Il. No está claro si alguno de los tres hijos de éste, y en particular el segundo, Kim Jong-chol, nacido en 1981, podría heredar el poder, prolongando la dinastía, o bien si éste recaería en una dirección militar colegiada, más o menos controlada en la sombra por el cuñado del “Querido Líder”, Chong Sung-taek, aupado en 2009 a la poderosa Comisión de Defensa Nacional. En ese contexto, los chinos quieren seguramente evitar cualquier movimiento que les pueda enfrentar a los futuros dirigentes. En tercer lugar, Beijing desea a toda costa evitar el colapso del régimen norcoreano. Tal derrumbe provocaría un serio problema de refugiados en las provincias nororientales de China (Heilongjiang, Jilin y Liaoning), que conduciría sin duda a una crisis humanitaria de grandes proporciones. Además, el colapso llevaría probablemente a una reunificación acelerada de la península coreana bajo la égida de Corea del Sur. Tal proceso acabaría con la zona tampón que hoy constituye Corea del Norte entre China y las tropas de EEUU estacionadas al sur del paralelo 38. Beijing, que muestra mucha preocupación ante algunos procesos que podrían indicar una estrategia de “contención de China” por parte de EEUU y sus aliados (como el acuerdo nuclear de Washington con India o la iniciativa del arco de prosperidad y democracia promovida, en el pasado, por Japón), vería con gran inquietud la pérdida de ese tampón. Por añadidura, la desaparición de un régimen de partido único en un país cercano a China podría tener serias repercusiones políticas internas en China, desde el fomento de un movimiento opositor al Partido Comunista hasta la inestabilidad de las provincias nororientales, en los que hay dos millones de chinos de origen coreano. Un cuarto motivo por el que China es reacia a aumentar la presión es que, en caso de reacción adversa de Corea del Norte, tal cosa podría generar una fuerte inestabilidad regional, con, por ejemplo, repercusiones económicas negativas en Japón, Corea del Sur y, por extensión, en la propia China.

Los objetivos permanentes de China

Del análisis anterior parece desprenderse una conclusión bastante clara. En oposición a la tesis preconizada por, entre otros, Fitzpatrick (2009) o Glaser (2009), según la cual China habría ya cambiado de fines en el caso de Corea del

Norte, los objetivos de la diplomacia y de la política exterior de Beijing se han mantenido, en lo esencial, inalterados. Es más, esos objetivos no parece que vayan a cambiar de aquí en adelante, salvo, claro está, que se produzca alguna sorpresa, como podría ser un cambio político brusco o una importante inestabilidad social interna en Corea del Norte, por el momento poco probables, aunque no descartables del todo.

Esos objetivos diplomáticos se pueden resumir en los cuatro siguientes:

- Mantener, por encima de todo, la paz y la estabilidad regional en Asia oriental; por consiguiente, China seguirá condenando los actos de provocación de Pyongyang y oponiéndose a sanciones mucho más estrictas a Corea del Norte, como podrían ser un embargo energético, el freno completo a los intercambios comerciales o la suspensión o aplazamiento de la ayuda;

- propiciar la coexistencia pacífica de las dos Coreas, esto es, evitar el colapso del régimen norcoreano y la reunificación precipitada de la península. Para tal fin, China mantendrá seguramente su ayuda alimentaria, energética y económica, aunque quizá con algunos cambios en función del comportamiento del receptor;

- no desviarse del principio de una península coreana libre de armas nucleares, puesto que la nuclearización del Norte supone, como ya se ha visto, graves inconvenientes estratégicos para China, por tanto, China seguirá apoyando la desnuclearización por todos los medios posibles;

- promover la reforma y la apertura de la economía norcoreana, mediante un comercio bilateral creciente y la apertura de nuevas vías de comunicación (como el proyecto de puente sobre el río Yalú, desvelado durante la visita de Wen Jiabao a Pyongyang en octubre de 2009). En ese cuarto objetivo, lo conseguido hasta ahora es bien poco: unos tímidos intentos de reforma de los mercados desde 2002 y la apertura de las zonas francas de Kaesong y Sinuiju, principalmente. Es más, a finales de 2009 el gobierno dio marcha atrás y volvió a la más dura planificación central.

Tal y como ha concluido un informe del International Crisis Group, publicado en noviembre de 2009, “aunque los gobernantes chinos han ajustado sus evaluaciones y preparado el terreno para posibles cambios de política en el futuro, los cálculos fundamentales sobre los que se sostiene la política china hacia Corea del Norte siguen siendo los mismos” (International Crisis Group, 2009, p. 23).

Conclusiones

Tras la segunda prueba nuclear norcoreana de mayo de 2009, los analistas internacionales (incluidos los chinos) pasaron a formar dos grandes escuelas de pensamiento. Para la primera, el régimen actual de Corea del Norte habría vinculado definitivamente la seguridad de su régimen con la posesión del arma nuclear, por lo que ya no cabe esperar que vaya a renunciar a ésta, por mucho que se presione o se ofrezca a los gobernantes actuales de Pyongyang. Para la segunda escuela, Corea del Norte podría renunciar a la nuclearización, sencillamente porque no la necesita para defender al país de ataques o invasiones exteriores: su armamento convencional es un factor de disuasión más que suficiente.

El papel de China, en cualquiera de los dos escenarios, se vería realzado, en opinión de algunos observadores, bien porque Beijing habría perdido la paciencia con Kim Jong Il y podría propiciar un cambio de gobierno (a través, por ejemplo, de un golpe militar pro-chino) o bien porque China podría recurrir a medidas de presión más extremas, como, por citar algunas, un embargo energético, un freno a los intercambios comerciales o la suspensión o reducción de la ayuda bilateral.

Este artículo ha intentado sostener la tesis de que la comunidad internacional debe seguir persiguiendo la desnuclearización de Corea del Norte, porque la opción nuclear de Pyongyang conlleva numerosos problemas, desde la posibilidad de accidentes hasta la eventualidad de proliferación pasiva o incluso activa. También se ha defendido la tesis de que no cabe esperar de China mucho más de lo que ya hace, en parte porque su capacidad real de influir en el comportamiento de Corea del Norte no es tan grande como habitualmente se cree y en parte porque Beijing mantiene serias y justificadas reservas a hacer un mayor uso de la influencia real que tiene. Por tanto, la comunidad internacional no debería esperar ni exigir de China una actitud de rotunda contundencia, supuestamente acorde, además, con su voluntad de convertirse en una superpotencia responsable en el escenario internacional.

Es sin duda cierto que el comportamiento de Corea del Norte desde abril de 2009 ha supuesto una afrenta a Beijing. En primer lugar, porque ha demostrado que las Conversaciones a Seis Bandas, auspiciadas por China, no se han mostrado precisamente eficaces. Y también porque, al decir de algunos analistas, habría puesto de manifiesto que la diplomacia china no es capaz de poner orden en su propio patio trasero, lo que juega en contra de las pretensiones de China de convertirse en nueva superpotencia. Con todo, el análisis previo sugiere que China no puede hacer mucho más de lo que ha hecho hasta ahora.

Por consiguiente, la necesaria resolución del contencioso nuclear con Corea del Norte pasa no tanto por una nueva actitud china sino, sobre todo, por la capacidad de la comunidad internacional para revitalizar las conversaciones a seis bandas, completándolas quizá con un diálogo directo entre Pyongyang y Washington. En todo caso, la administración estadounidense debería prestar más atención a un problema que, aunque alejado de Afganistán, Irak o Pakistán, no deja de ser extremadamente grave.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- FITZPATRICK, M. (2009), "Stopping Nuclear North Korea", *Survival*, vol. 51, nº 4, agosto-septiembre, pp. 5-12.
- GLASER, B. S. (2009), "China's Policy in the Wake of the Second DPRK Nuclear Test", *China Security*, vol. 5, nº 2, pp. 1-11.
- HECKER, S. S. (2010), "Lessons Learned from the North Korean Nuclear Crises", *Deadalus*, vol. 139, nº 1, enero, pp. 44-56.
- International Crisis Group (2009), "Shades of Red: China's Debate over North Korea", *Asia Report*, nº 139, 2 de noviembre.
- SWAINE, M. D. (2009), "China's North Korea Dilemma", *China Leadership Monitor*, nº 30, 27 páginas.